

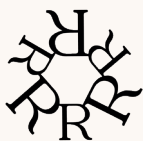
MATERIAL DE LECTURA

Testimonio de la autora
y comentario crítico de Carmen Alvarez

LA PEQUEÑA COMPAÑÍA



YENIVA
FERNÁNDEZ



REDLIT
Red Literaria Peruano

YENIVA FERNÁNDEZ

LA PEQUEÑA COMPAÑÍA

MATERIAL DE LECTURA

Material de lectura, 1

Material de lectura. La pequeña compañía de Yeniva Fernández

© Red Literaria Peruana, 2021
Organización literaria y cultural
redliterariaperuana@gmail.com

© Yeniva Fernández, por «La pequeña compañía» y «Testimonio»
© Carmen Alvarez, por el comentario crítico

Carátula, diagramación y cuidado de la edición: Christian Cachay
Primera edición digital: mayo de 2021
Disponible en www.redliterariaperuana.com

Esta edición es gratuita y su uso es de libre circulación. Queda prohibida su comercialización.

Índice

Prefacio	6
Testimonio de Yeniva Fernández	8
La pequeña compañía	9
Comentario crítico de Carmen Alvarez	29

*El artista perdura realmente, en el
espíritu de una literatura, o por su obra
o por su descendencia.*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

PREFACIO

Los Materiales de lectura tienen la finalidad de inaugurar y/o fortalecer el debate sobre la obra de una figura destacada de la literatura peruana. Por ese motivo, nuestro equipo realiza un trabajo de recopilación de fuentes primarias, lectura y selección. Posteriormente, el encargado de redactar la nota introductoria o el comentario crítico postula una lectura que interpreta los materiales desde un enfoque específico. Dicho texto atraviesa un proceso de revisión y discusión a fin de potenciar el tema propuesto en cada edición.

Con esta iniciativa, esperamos concretar dos propósitos: por un lado, revalorar la obra literaria seleccionada y, por otro lado, construir una biblioteca de acceso gratuito para el público interesado. El catálogo publicado por esta serie invita a descubrir el extenso *corpus* de nuestra literatura.

RED LITERARIA PERUANA



TESTIMONIO

El cuento se originó por un sueño que tuve. En este la historia era más corta, pues se trataba de un hombre que buscaba desesperadamente a su hija pequeña y que, al revisar su dormitorio, encuentra en el clóset de su esposa un zapatito rojo. A partir de esta idea, el trabajo consistió en alimentarlo para darle un sentido más social y con un elemento fantástico.

Lo social y lo fantástico son dos aspectos que me interesan mucho. El primero, puesto que es vital para situar el foco sobre temas tan vigentes en nuestro país como la injusticia, la explotación, el racismo, el clasismo, entre otros. El segundo, porque me gusta y lo considero como un modo de soñar, enriquecer la realidad con nuestros sueños y, sobre todo, es una vertiente capaz de expresar la realidad (lo fantástico siempre habla de ella) desde una óptica que ilumina las zonas más profundas.

Por último, «La pequeña compañía» también tiene una influencia directa del cuento «Marita en el parque» de José B. Adolph, a quien considero un maestro y como parte de mi genealogía literaria. El cuento de Adolph lo leí cuando era estudiante universitaria, y creo que ha estado latente en mi inconsciente hasta aflorar en el sueño que suscitó mi cuento.

Yeniva Fernández

LA PEQUEÑA COMPAÑÍA
YENIVA FERNÁNDEZ

La mañana que Gonzalo Terreros llegó a La Florida, un arcoíris se desplegaba sobre el cielo cual enorme cartel de bienvenida, cadena de banderas que celebraban el retorno de su estirpe a la antigua heredad de sus abuelos y promesa coloreada de la vida feliz que lo esperaba. Gonzalo salió de su camioneta y permaneció un momento contemplando los interminables verdes de la campiña, donde la casa hacienda que él había rescatado de los escombros parecía recibirlo con gesto agradecido y cariñoso. Extasiado, invitó a Martha a compartir ese instante, pero ella, que no estaba acostumbrada al clima serrano, prefirió permanecer unos minutos más en el coche. La pequeña María Fe, en cambio, saltó de inmediato del regazo de su madre y, cogida de la mano de Gonzalo, se encaminó dando saltos hacia su nuevo hogar. Sin embargo, apenas hubo traspuesto el muro bajo que delimitaba el perímetro de la hacienda, se aferró a las piernas de su padre y rompió a llorar, presa de un insólito espanto que semejava el centro de una pesadilla.

Cansada de tanto llorar y sin que sus padres pudieran consolarla, María Fe al fin dormía abrazada a Teddy, su osito de peluche, luego de beber una tisana que la vieja Antuca, sobrina

de la antigua cocinera de los Terreros, le preparara en un biberón. Vista así como estaba, con sus gruesas pestañas descansando sobre sus ojos cerrados, Gonzalo comprobó la veracidad de los comentarios sobre el parecido físico entre ambos. Era cierto, su hija tenía el cabello renegrido, la tez lechosa, unas cejas empecinadas y profusas que enmarcaban una carita perfectamente cuadrada (que en el caso de Gonzalo disimulaba con una barba bien recortada), con unos labios extendidos cual dos líneas paralelas. Era curioso, pensó, como esos rasgos que en él se tornaban poco agraciados, en la niña adquirían una suavidad de angelito travieso o, quizá, se rectificó, el cambio sustancial se debía a la pequeña nariz heredada de su madre, y volteó a mirar a su mujer, que cabeceaba sentada junto a la camita de su hija. Martha era otro regalo de la vida. Se habían conocido por amigos en común y, pese a sus reticencias iniciales respecto a entablar una relación con una muchacha tan joven, pronto se vio capturado por sus hermosos ojos azules, que se transformaban en dos profundos lagos cuando sus iris se detenían sobre él, por su piel bronceada de senos redondos como bollos de pan recién horneados, por sus piernas torneadas que por la noche le abrían las puertas a todos sus secretos. Sí, su amor era alimentado por una fuerte pasión que, en lugar de descender en los cinco años que llevaban juntos, se mantenía tan vigorosa como en el primer encuentro; sin embargo, eso no era lo único que lo mantenía a su lado: estaba también su natural candidez, la dulzura de su carácter y aquella devoción hacia él que provocaba que Gonzalo a veces se sintiera culpable, como en ese momento, que la veía cansada después del

largo viaje. Un viaje impuesto por él, con el argumento de la excelente oferta laboral que le ofrecía la minera; pero, más que nada, con la ilusión que le producía hacer realidad el sueño de vivir en el lugar del que tanto hablaban sus abuelos. La Florida era en mi niñez una especie de edén, cuando en mi familia se mencionaba algún hecho feliz siempre estaba relacionado con la hacienda, ¿lo entiendes, amor? Martha entendió, o se dejó convencer, igual que cuando con sus veinte años, dudaba si seguir adelante o no con un imprevisto embarazo, que suponía asumir una responsabilidad tan temprana, y él la abrazó con fuerza mientras decía que nada lo haría más feliz. María Fe era la prueba de que no se equivocó entonces, y la misma convicción lo acompañaba ahora, porque ¿qué podría faltarles en aquella casa remodelada con todas las comodidades, en aquel paraje de pintura de primavera y, sobre todo, estando juntos?

Tras adaptarse al clima y a la casa, María Fe corría por la hacienda sin siquiera recordar la causa de su temor inicial, mientras su padre la observaba sonriente, aunque un poco preocupado: me sentiría más tranquilo si estuviera al cuidado de una nana. En Lima la niña tuvo una, pero al mudarse Martha consideró que allí no era necesaria, que bastaban Antuca, el jardinero, la muchacha que hacía la limpieza y ella misma para ocuparse de su hija, que con sus piernecitas de cuatro años tampoco podría ir muy lejos, ni abrir la verja siempre cerrada que delimitaba los jardines de La Florida. Además, ¿acaso él no había soñado con que su pequeña fuera y viniera a sus anchas como en el paraíso? Gonzalo tomó asiento en la butaca tapizada en terciopelo al lado de la escalera, dispuesto a gozar de

un domingo familiar luego de una semana agitada (la administración del campamento minero absorbía sus días; no obstante, la labor se aligeraba gracias a la camaradería del personal y al buen humor de su adjunto, Juan Ortiz). Le gustaba ubicarse en esa silla, pues desde ese extremo de la sala se abría un panorama compuesto a modo de díptico, por el ventanal que daba al jardín y por el comedor, donde las dos mujeres de su vida se movían absortas en sus quehaceres cotidianos: la pequeña jugando en el pasto con su inseparable Teddy y su esposa colocando flores frescas en el jarrón del comedor o impartiendo órdenes a la muchacha de servicio sobre la disposición de los cubiertos. Ambas eran como soles que lo alimentaban con su energía y su calor. De la cocina llegó el olor del pan; Antuca se lo había prometido la noche anterior y Martha dispuso el horario exacto para que estuviera listo en cuanto él se levantara. Gonzalo se dejó guiar por su aroma, pero su mujer lo detuvo: no hasta estar todos en la mesa; él sonrió al ser tratado como un niño y se dirigió al jardín en busca de su hija. Sin embargo, María Fe ya no se encontraba junto al ventanal de la sala; siguió entonces hasta el rosal cercano y nada, la llamó varias veces, igual. ¿Dónde habría podido ir en tan corto tiempo? Eligió caminar hasta la zona donde antes estuvieron los establos y ahora se erigía una cabaña de huéspedes. La puerta estaba con llave y se asomó a la ventana de manera instintiva: el osito de peluche de la niña estaba tirado en el centro de la sala. En un acto reflejo, otra vez intentó abrir la puerta y no pudo. Llamó a su hija golpeando el vidrio de la ventana, como nadie contestó, decidió regresar a la casa por las llaves. Al llegar divisó a María Fe sentada junto al

ventanal abrazando a su osito de peluche. «¡Papi, he encontrado un conejito!», le dijo su hija echándole los brazos al cuello.

Transcurridas varias semanas, Gonzalo se encontraba en la puerta del mercado del pueblo, de pie junto a su camioneta, esperando a que Antuca y el jardinero regresaran al coche con las compras. Martha le propuso realizar una pachamanca para sus colaboradores de la mina; él hubiera preferido una parrillada, pero a ella le parecía «más bonito algo típico», y él no pudo negarse al escucharla tan entusiasmada. Con todo, lo satisfacía que su esposa, una mujer de sol y playa, apreciara tanto las tradiciones serranas que hasta se animara a practicar algunas, pues, además de la comida, unos días atrás él la había sorprendido escarbando un hoyito en el jardín y, al preguntarle por lo que hacía, ella respondió con una sonrisa de chiquilla juguetona que solo era un pago a la madre tierra. Un par de niñas que pasaron de la mano hicieron que su pensamiento virara hacia María Fe. Si bien le gustaba que la niña disfrutara de un ambiente espacioso, tranquilo, sano, también era cierto que su hija crecía sin la compañía de niños de su edad; Martha no quería volver a embarazarse todavía y él sospechaba que la pequeña resentía la soledad, pues desde el extraño incidente con el osito de peluche (ese asunto no dejaba de molestarlo, ¿cómo pudo aparecer Teddy en manos de María Fe, si hacía dos minutos él lo había visto en la cabaña?) su hija tenía como amigo un conejito imaginario. «Buenos días, don Gonzalo», lo saludó un operario de la mina que paseaba con su familia, a lo que él respondió con una inclinación de cabeza. En ese instante, un anciano vestido en harapos que lo observaba desde una banca

se acercó a él golpeándose el pecho con gesto amenazante: «¡A ver, pégueme a mí también, don Gonzalo! ¡*Supay* don Gonzalo!». Él, sorprendido, retrocedió dos pasos, pero el anciano intentó golpearlo y él no tuvo otra opción que enviarlo al suelo de un empujón. Al verlo caído, sintió lástima, quiso ayudar al viejo a levantarse, mas el hombre rechazó su mano y continuó lanzando frases airadas que mezclaban quechua y español.

La carne que salía humeante del fondo de la tierra era colocada por Antuca, bajo la atenta dirección de Martha, en cestas cubiertas de papel manteca, donde junto a papas, choclos y ajíes componían fugaces bodegones andinos que desaparecían de inmediato entre ávidos comensales. Gonzalo no era especialmente afecto a la pachamanca, por lo que Antuca le tenía reservado en la cocina un gran plato de ravioles. Entre tanto, él cumplía su papel de buen anfitrión y paseaba con una copa de vino entre los asistentes, conversando un rato con cada grupo, aunque en realidad hubiera preferido quedarse junto a la media luna de hombres encabezada por Juan Ortiz. Gonzalo estaba al tanto hacía pocos días de la grave enfermedad que aquejaba al hijo de Juan, un niño que vivía confinado en una silla de ruedas, que con trabajos había logrado cumplir seis años y que según los médicos no llegaría a su próximo cumpleaños. A partir de ese momento, a la estimación que sentía por su amigo se le aunó una franca admiración por la entereza con que sobrellevaba su dolor. María Fe pasó junto a su padre con unas flores en la mano y este la tomó en sus brazos cubriéndola de besos: «¿Y esas flores, son para mí?». La niña exigió que la soltara: «Déjame, papi, voy a darle comida al conejito»;

Gonzalo obedeció a regañadientes y fue a reunirse con Antuca, que lo llamaba desde la cocina.

—Antuca, ¿dónde aprendiste a cocinar?

—Con mi tía Hermelinda, señor. Usted no debe acordarse, era muy chiquito, pero algunas Navidades las pasé con sus abuelos.

—Es cierto, tengo un recuerdo muy vago de tu tía, pero mi abuela hablaba mucho de ella: decía que ninguna cocinera se le podía igualar.

—Sus abuelos eran muy buenos, señor. Qué hubiera sido de mi familia sin su ayuda.

—Habrían emigrado a la capital, como al final hicieron los más jóvenes.

—Antes no era tan fácil ir a Lima, señor. Acá muy pocos hablaban español, nadie tenía familia en la ciudad y la gente tenía miedo.

—Pues entonces hubieran trabajado la tierra. Yo habría sido feliz siendo agricultor. ¡Esta tierra es maravillosa!

—Acá la tierra es bonita, pero no es buena, señor. Demasiados árboles secan la tierra para las cosechas. Aquí solo es pasto para las vacas y los que no tienen vacas la pasan muy mal.

—Caray, no lo sabía. Aquí hay vacas por todos lados. Pensé que todos las criaban.

—No, señor. Las vacas son caras. Antes solo los Terreros tenían ganado. Los demás éramos todos muertos de hambre.

—Mis abuelos tenían trabajadores, pastores, pero les cedían tierra de cultivo, les pagaban un jornal.

—Señor, aquí la tierra solo da pasto y el jornal no era más que crédito en el almacén de sus abuelos.

—¿Estás diciendo que mis abuelos los explotaban?

—No, no señor. Dios me libre de decir algo así. Lo que pasa es que acá los hombres se dan mucho al alcohol y a fin de mes se iban todos a beber a la tienda de sus abuelos hasta quedarse endeudados... Su familia fue muy buena con nosotros.

Se produjo un largo silencio, en el que Gonzalo reparó en los ojos verdes de Antuca y en los muchos ojos verdes que proliferaban en la zona.

—Antuca, ayer, cuando tú saliste del mercado, había un viejo que gritaba y me insultaba, ¿recuerdas? ¿Quién es? ¿Qué decía en quechua?

—Era un borracho, señor. Usted no le haga caso.

—Pero quiero saber qué decía.

«Amor, ¿terminaste de comer? Te estaba buscando». Martha entró en la cocina y se instaló junto a su esposo, acariciándole el cabello: «No me vas a creer. Tu amigo Juan Ortiz estudió en el mismo colegio que yo, solo que, cuando yo entré a inicial, él iba a primero de media. Ven, vamos a conversar con él». Gonzalo se dejó llevar de la mano por su mujer.

Un conejo de carne y hueso, blanco como trozo de nube, de nariz rosada y orejas caídas. Gonzalo compró la mascota con la idea de que su hija tuviera una compañía y dejara la manía de hablar de un conejito ficticio, pero había pasado una semana y María Fe continuaba jugando y conversando con el animal imaginario, sin hacerle ningún caso al real, que siempre vagaba solitario en el jardín. «A ver, princesa, vamos a jugar un rato con

el conejito». «No, papi, él no es conejito, él se llama Hugo». «Está bien, con Hugo. Hugo esta triste porque tú nunca juegas con él», dijo Gonzalo al acercar el conejo a su hija para que lo tocara. La niña aceptó acariciarlo, aunque él se dio cuenta de que lo hacía solo por complacerlo. Comprar la mascota fue un error, reconoció Gonzalo, un perro quizá hubiera sido una elección más acertada, aunque mejor aún habría sido ir a la tienda con la propia María Fe para que ella escogiera el que más le gustara, porque, después de todo, cómo saber si el conejito que ella se había inventado tenía en verdad forma de conejo y no de gato, perico o ratón. «Princesa, ¿cómo es el conejito, grande, chiquito, cómo es?». La niña alzó la mano a la altura de su cabeza, luego extendió ambos brazos y dijo: «El conejito vuela, papi, vuela». «Ah, es como un pájaro», respondió él, a lo que ella negó con la cabeza, mientras se ponía de pie tirando de la mano de su padre para que la siguiera hasta su habitación. Una vez dentro, María Fe sacó un cuaderno de dibujo: «Mira, papá, así es el conejito». Gonzalo levantó una ceja: la niña, pese a ser tan pequeña, tenía mucha habilidad para el dibujo; no obstante, aquella especie de mono negro, alado y con orejas puntiagudas, no se parecía en nada a un conejo. Suspiró. No le gustaba que su hija fantaseara con algo tan feo.

«Toñito ha recaído», dijo Juan Ortiz. Luego aspiró profundo, cogió con fuerza un lapicero y permaneció en silencio mirando el teclado de la computadora. Mientras conducía su camioneta de regreso a La Florida, Gonzalo no podía alejar esa imagen de su mente. ¿Cuánto dolor era capaz de soportar un hombre? Era la primera vez que había visto flaquear a Juan

desde que lo conocía. Bastó una llamada telefónica para que en la fachada de seguridad que su amigo presentaba ante el mundo se abriera una grieta profunda que dejaba entrever la fragilidad de sus cimientos. «Toñito ha recaído», fue lo único que dijo al colgar el teléfono, y fue suficiente. Gonzalo también era padre e imaginaba el tormento que debía suponer presenciar cómo se apagaba la vida de un hijo; yo no podría soportarlo, me volvería loco, sería capaz de cualquier cosa, se dijo. La paternidad produce un cambio en las personas, pues antes del nacimiento de María Fe los niños que pedían limosna en los semáforos o los que se peleaban por lavar su auto nunca despertaron en él más que una ligera incomodidad; ahora en cambio, no podía dejar de compadecerse y experimentar una cierta culpabilidad por no hacer nada por esas criaturas tan indefensas como su propia hija. Por eso también le resultaba tan próximo el sufrimiento que pesaba sobre su amigo. Martha lo recibió en la entrada de la casa: «Hola, amor, ¿y esa cara?». Gonzalo le contó lo sucedido en la oficina. «Eres un sol, Gonza, hiciste bien en darle unos días libres; el pobre no tendrá cabeza para pensar en nada más que en su hijo». En ese instante entró en la sala Antuca, cargando a María Fe. «¡Princesa!», exclamó su padre al verla, e hizo un gesto para que la cocinera la depositara en sus brazos. «Toma, papi, esto es para curar a Toñito», dijo la niña tendiendo hacia su padre una antigua moneda de cinco centavos. «Princesita, ¿quién te ha dado esto, quién te ha contado de Toñito?». «El conejito», contestó su hija, «el conejito dice que si lo pones en su cama Toñito se cura». Gonzalo, intrigado, miró alternativamente a su esposa y a Antuca: ambas

mujeres se encogieron de hombros. «Está bien, lo podré en su cama, pero juega también con Hugo o con Teddy, ¿sí?», dijo dirigiéndose a su hija y guardando la moneda en uno de los bolsillos de su pantalón. «Ahora, ¿quieres un poco de helado?». «¡Síííí!», respondió ella. «Antuca, sírvele un poco, por favor». La empleada asintió y se llevó a María Fe a la cocina. Cuando Gonzalo y Martha se quedaron a solas, él la interrogó sobre el modo en que la niña podría haberse enterado de la enfermedad del hijo de Juan Ortiz. No estaba bien que la pequeña llenara su cabecita con pensamientos tristes, ni que siguiera con esa cantaleta del conejito imaginario. Martha se mostró de acuerdo con él en su preocupación porque la niña no se involucrara con el drama del amigo de su esposo. De ahora en adelante sería mejor tener cuidado de no mencionar nada en presencia de ella. María Fe era muy despierta y seguro había oído hablar del asunto, pero le restó importancia al tema del conejito: «Los niños suelen inventar amigos imaginarios, una pequeña compañía para sus juegos; es normal», expresó.

La alegría y la seguridad habían regresado al semblante de Juan Ortiz, incluso hasta podría decirse que se le notaba más joven. La repentina curación de Toñito era un milagro que dejaba atónitos a los médicos. Gonzalo también estaba asombrado. Martha había insistido tanto en ir a visitar la casa de Juan para demostrarle su solidaridad que él terminó por aceptar, a pesar de tener la certeza de que ningún gesto o palabra le brindarían algún consuelo a su amigo y que, por el contrario, ambos se sentirían tristes y abatidos. Tenía razón: la visión de un niño moribundo es la imagen más dolorosa que alguien pueda

soportar, pensó Gonzalo, al recordar el aspecto demacrado e inconsciente de Toñito; quizá por eso, ante la impotencia de no poder hacer nada por aliviarlo, depositó bajo su almohada la antigua moneda que María Fe le había entregado. Lo hizo a modo de despedida, como un lenitivo para consigo mismo y se olvidó de ello enseguida. No obstante, luego de la prodigiosa recuperación del hijo de Juan, aquel asunto le parecía un hecho curioso y digno de compartirse. Martha lo escuchó muy atenta: «Es posible que Dios le concediera el milagro a nuestra hija». Gonzalo sonrió incrédulo: «Lo que siento es haberle pagado a Dios con esa moneda, era de 1935»; pero su esposa lo miró enojada: «No te burles, los ángeles se comunican con los niños porque son criaturas inocentes, puede que un ángel dejara la monedita por allí para que la bebé la encontrara». Gonzalo abrazó a su esposa: «No imagino a un ángel regalando dinero; por cierto, cada vez que le pregunto de dónde la sacó, María Fe me responde que se la dio el famoso conejito». En ese instante la niña entró en la sala, tenía el cabello revuelto, la cara mojada y estaba sucia como si se hubiese revolcado en la tierra. «¡Hijita!, —ambos padres corrieron hacia ella—, hijita, ¿qué te ha pasado?». La pequeña entonces rompió a llorar abrazando a su padre: «Papi, el conejito es malo, malo, malo».

María Fe no quería salir al jardín, permanecía dentro de la casa, jugando con Teddy y con Hugo, el conejo real, a quien parecía al fin haber tomado cariño. Habían pasado dos días desde que apareció sucia de tierra y culpando al «conejito» de pegarle y jalarle los pelos, y continuaba fiel a su versión de los hechos. Gonzalo intentó entonces preguntar de otra manera:

«Dices que te pegó porque no quisiste ir con él, ¿adónde quería llevarte el conejito?». «A su casa, papi. El conejito vive en un huequito en el jardín». La pequeña aceptó, temerosa, llevar a su padre hasta el lugar. El agujero se encontraba justo detrás de la cabaña de huéspedes. Un espacio abierto en la tierra de no más de diez centímetros de diámetro, cuya boca se hallaba oculta por el pasto. En efecto, el hoyo parecía la madriguera de un roedor. Gonzalo ordenó al jardinero que cavara profundo y después de un rato de trabajo lo único que descubrieron en el agujero fue un viejo y oxidado grillete. Extrañado por el hallazgo, Gonzalo interrogó a la servidumbre por aquel objeto. Antuca y el jardinero dijeron no saber nada al respecto. Solo la muchacha de limpieza recordó antiguos rumores sobre calabozos en la hacienda: decían que los patrones encadenaban a la gente cuando alguien se portaba mal. «¿Qué estás diciendo? Explícate», la interrumpió Gonzalo, indignado. «Ella sabe, señor», repuso la chica señalando a Antuca, pero calló de inmediato al encontrarse con la mirada de reproche de esta, quien volteó a mirar a Gonzalo para decirle: «No es cierto, señor. La gente dice tonterías». «Vamos a ver —se tranquilizó Gonzalo—, ¿quién dice eso, a qué se refieren cuando dicen que los encadenaban cuando se portaban mal?». La muchacha guardó silencio con la cabeza baja, y Antuca tomó la palabra: «Señor, la gente inventa cosas. No haga caso». «Si dicen eso, debe ser por algo. Cuéntenme», pidió Gonzalo. No obstante, la muchacha se negó a hablar, y Antuca continuó diciendo que todo eran inventos y tonterías.

El hijo de Juan Ortiz se encontraba plenamente restablecido, inclusive podía caminar. Gonzalo se sentía contento por su amigo, pero contrastaba la radiante vitalidad de Toñito con el giro operado en María Fe. No se trataba de su salud, sino de un evidente cambio en su carácter, pues de ser una niña alegre y habladora, que corría a sus anchas por la hacienda y jugaba con sus muñecas, había pasado solo a jugar de vez en cuando con Hugo, a hablar únicamente si le preguntaban, a reír cada vez menos y a recluirse en el interior de la vivienda, pegada a sus piernas o las faldas de su madre; en suma, se había convertido en una criatura callada e insegura, que temía quedarse sola en cualquier lugar. La mutación se había ido dando de manera progresiva hasta agravarse hacía poco. La pequeña llevaba dos noches despertando, presa del llanto, a causa de horribles sueños en los que, según contaba, el conejito (otra vez el maldito amigo imaginario) entraba a su habitación por la ventana y la arrastraba de los pelos para llevársela consigo. De nada sirvió que Gonzalo le mostrara el bonito arbusto plantado en el lugar donde antes estuviera el agujero que ella identificaba como la morada del conejito, la niña insistía en ver allí el hoyo por donde al oscurecer, aquel animal de su imaginación salía a buscarla. Ambos padres discutieron el asunto, Gonzalo era partidario de llevar a la niña a un psicólogo y Martha de acudir primero a la iglesia para que el sacerdote bendijera a su hija. Al final decidieron hacer ambas cosas.

El psicólogo del pueblo estaba de vacaciones en Lima, pero no lo echaron en falta, pues a la mañana siguiente de que el anciano cura de la parroquia del pueblo juntara las manos de

la niña para rezar con ella un par de padres nuestros y rociara sobre su cabecita un chorrillo de agua bendita, María Fe había vuelto a ser la misma de antes. Era increíble, pensaba Gonzalo, mientras silbaba una canción y se encaminaba al estacionamiento de la compañía para regresar a La Florida. Aunque se consideraba un agnóstico, no podía dejar de agradecer a la fe, al cura, o a Dios, si existía, el positivo efecto sobre su hija. Tal vez, se decía, existían fuerzas más allá de los dictados de la razón. Al llegar a su camioneta se detuvo a contemplar el cielo rojizo sobre las verdes montañas. Lo único que lo entristecía un poco en ese momento era la repentina muerte de Hugo, a quien al regresar de la iglesia con María Fe encontraron en la puerta de la cabaña de huéspedes, preso de convulsiones y babeando sangre. ¿Tenía todas sus vacunas? Debió envenenarse con algo. De cualquier manera, tuvieron cuidado de que María Fe no lo viera. En fin, se dijo, e ingresó a su camioneta. Se sentía afortunado, su hija era de nuevo una niña alegre y vital, su mujer era hermosa y lo amaba, y él avistaba un promisorio desarrollo profesional en la mina, además de haber conseguido regresar a vivir a la hacienda tan añorada por sus abuelos. Una vieja frase de su abuela iluminó su mente con la velocidad con que se enciende y se apaga un cerillo: nadie puede tener todo en la vida. Pero sonrió: su abuela se equivocaba.

En La Florida, Gonzalo se extrañó de ver todas las luces apagadas y de que nadie saliera a recibirlo. Recordó que Martha pensaba ir a visitar al cura llevándole unos melones del huerto, y se dirigió entonces a la cocina para pedirle a Antuca un vaso de leche; sin embargo, no la encontró en la cocina. Fue

al cuarto de servicio y tocó varias veces hasta que la cocinera le abrió la puerta, bostezando y vestida con una bata: «Disculpe, señor, me dolía mucho la cabeza y le pedí permiso a la señora para descansar un rato». Gonzalo le preguntó por los demás. La empleada respondió que era el día libre del jardinero y la muchacha de limpieza. Gonzalo lo había olvidado. «¿Y sabes adónde ha ido mi esposa?». Antuca replicó que no sabía que la señora hubiese salido. Gonzalo marcó el número de su mujer: «¿Martha, dónde estás?». «Con el padre Domingo, amor, le traje unos melones. ¿Ya se despertó la bebé?». «¿Cómo? ¿No la llevaste contigo?». «No, Gonza, la dejé dormidita en su cuarto». María Fe no se hallaba en su recámara, ni en ninguna de las otras tres habitaciones del segundo piso, tampoco en la sala, el comedor, la cocina o el ala de servicio. Gonzalo llamó a la cocinera para que lo ayudara a buscar a la niña. La mujer revisó el interior de la vivienda y él hizo lo propio con el exterior. La oscuridad de la noche era un obstáculo que impedía la total visibilidad del enorme jardín, pues las farolas colocadas como objetos ornamentales no alcanzaban la integridad de sus confines. Gonzalo atravesó el rosal y el huerto provisto de una linterna y no encontró nada; la zona del columpio, nada; el área de la parrilla, nada; penetró en la cabaña de huéspedes, vacía. Regresó a la casa. Antuca tampoco tenía buenas noticias; entonces decidió enviarla al jardín, en tanto él se quedaba esta vez en la casa. No quería perder el control, pero las sienas le latían. Examinó cada uno de los dormitorios, debajo de las camas, detrás de las cortinas, en los clósets; después, por segunda vez, se abocó a inspeccionar el primer piso. El ala de servicio se

componía de la lavandería, dos dormitorios y un baño; el cuarto de Antuca era el único donde no había entrado. La habitación era tan pequeña que le bastó una mirada para saber que su hija no se encontraba allí; no obstante, casi por cumplir, decidió abrir el ropero. Entre la ropa estaban colgados varios vestidos muy antiguos de satén y seda. Gonzalo descolgó uno de ellos por mera curiosidad y el movimiento de la ropa provocó que cayeran del interior del armario una pequeña caja de madera y un zapatito rojo, era un zapatito de María Fe. Extrañado, Gonzalo vació el contenido de la caja. Había muchas fotografías amarillentas, imágenes de sus abuelos en distintas partes de la hacienda. En una de ellas su abuelo aparecía sosteniendo lo que parecía un puñado de monedas. Estaba de pie junto a una niña india encadenada de pies y manos. Gonzalo guardó la foto en su bolsillo, recordó a su amoroso abuelo y quiso pensar que aquella estampa debía tratarse de alguna broma para su abuela. Antuca regresó con las manos vacías y Gonzalo le exigió que le explicara por qué guardaba en su ropero un zapatito de su hija, a lo que la mujer respondió que no sabía cómo había llegado aquella prenda a su ropero, que tal vez la propia niña lo dejó allí cuando iba a jugar. Gonzalo no podía pensar con claridad, las manos le temblaban, quizá de la cocinera tenía razón y estaba perdiendo un tiempo valioso. Martha llegó a la casa en ese momento y ambas mujeres se trenzaron en una discusión, pues su esposa afirmaba que Antuca le dijo que solo descansaría unos minutos, por lo que ella, confiada, dejó a su hija en su cama, mientras que la empleada alegaba que la señora jamás mencionó que pensaba salir de la casa. Gonzalo tuvo que

intervenir para que su mujer, tomada por la desesperación, no agrediera físicamente a la cocinera. Después, Martha y Antuca empezaron a llorar por separado.

Juan Ortiz acudió a la hacienda al enterarse de lo sucedido y, mientras la policía registraba la propiedad, se ocupó de que Martha bebiera un calmante al notar que la mujer de su amigo había pasado de largos sollozos a un arrancarse girones de cabello con un llanto silencioso. El comisario, con media docena de agentes y dos perros, tampoco halló rastro de la pequeña, ni pista alguna; lo único fuera de lo normal en La Florida era un arbusto arrancado de raíz detrás de la cabaña para uso de las visitas: «¿Usted sabe algo?». Gonzalo creyó que cualquier cosa podría ser importante para la policía y, aunque creía que era una tontería, empezó a exponer el tema del miedo de su hija al conejito imaginario. El jefe de policía escuchó su relato masticando un chicle, pero tomó nota de todo lo referido al asunto del descubrimiento de un zapatito de María Fe en el ropero de la cocinera, por lo que los oficiales concentraron su atención en interrogar a Antuca, que tartamudeaba y no era capaz de explicar por qué tenía en su poder aquel objeto. Cuando Gonzalo, con la cabeza baja, al fin se decidió a mencionar y mostrar la foto amarillenta que guardaba en su bolsillo, el comisario optó por interrogar a Antuca en la delegación policial: «Con esta gente resentida nunca se sabe, pero en la comisaria no podrá ocultarnos nada. ¿Usted quiere acompañarnos?». Gonzalo aceptó ir con ellos, no sin antes encomendar el cuidado de Martha a Juan Ortiz.

La manera en que los oficiales interrogaban a Antuca, le pareció abusiva. ¿La policía actuaría del mismo modo con un

sospechoso que conociera sus derechos? Gonzalo presenció aquel cargamontón de acusaciones con una mezcla de vergüenza y ansiedad, mas cuando la cocinera, entre sollozos, solo pudo ofrecer una respuesta a la fotografía de su abuelo, Gonzalo abandonó la delegación convencido de que Antuca se había vuelto loca o que, igual que los torturados por la inquisición, era capaz de inventar cualquier cosa para que dejaran de acosarla.

La casa hacienda se hallaba envuelta en las tinieblas. Gonzalo encendió las luces y tomó asiento en la sala: ¿y si María Fe estuviera escondida, si al ver la casa llena de extraños se asustó y no se animó a salir? Comenzó a llamar a su hija a grandes voces. Luego de un rato se detuvo, despertaría a Martha. ¡Martha! No había pensado en ella. ¿Dónde estaba Juan Ortiz? ¿Se marchó y dejó sola a Martha? Trató de serenarse antes de ir a la recámara donde dormía su esposa: debo infundirle calma, no desesperación, se dijo. La alcoba estaba vacía, bajó la escalera despacio, no tenía fuerzas para pensar adónde podrían haber ido Martha y Juan Ortiz. Sentía un peso en su garganta, la presión de un aro de metal estrechándose sobre su cuello. Cerró la puerta con cuidado y se lanzó a correr, corrió como si en cada paso dejara atrás lo sucedido, como si al final del camino su hija lo esperara sonriente, hasta que el leve sonido de las voces de Martha y Juan Ortiz lo obligaron a detenerse. Una débil luz brillaba detrás de la cabaña de huéspedes. Se acercó sin hacer ruido y lo que vio trajo de inmediato a su mente lo que Antuca le respondió a la policía sobre el retrato amarillento de su abuelo: los patrones raptaban niñas para ofrecerlas al diablo, señor, eran como demonios.

COMENTARIO CRÍTICO

CARMEN ALVAREZ

Yeniva Fernández es una de las voces contemporáneas más reveladoras de la literatura fantástica peruana. No solo sobresale por su peculiar estilo narrativo, sino por los temas que desarrolla en cada uno de sus cuentos. Desde los registros de lo fantástico, su escritura plantea una indagación entre destinos individuales y entornos traumáticos; por eso, leer sus relatos constituye un viaje placentero, perturbador y reflexivo al mismo tiempo. Bajo estas consideraciones, me gustaría comentar brevemente algunas ideas respecto a «La pequeña compañía», texto que forma parte del volumen de cuentos *Siete paseos por la niebla* (2015). En rasgos generales, el libro aborda los cruces entre lo fantástico, lo histórico, lo insólito, el amor, la locura, la memoria, entre otros. En particular, el cuento fue seleccionado porque algunos de los tópicos mencionados logran crear una atmósfera tensa y escalofriante entre lo fantástico y lo social. Ciertamente, «La pequeña compañía» es una pequeña joya que vale la pena leer, pues invita a una interpretación más compleja de la realidad a partir de los recursos de lo fantástico.

El cuento empieza narrando la mudanza de una familia capitalina hacia la hacienda heredada por el patriarca. La familia

está conformada por Gonzalo, Martha y la hija de ambos, María Fe. Primero, se describe brevemente cómo se conoció el matrimonio, el eros/ágape que siente Gonzalo por Martha, su trabajo en la minería y su gran anhelo por vivir en la hacienda La Florida, que perteneció a sus abuelos. Este lugar, en un primer momento, es representado como un espacio idílico para el personaje masculino, ya que allí pasó momentos placenteros en su niñez. Sin embargo, más adelante, este espacio revelará un terrible secreto que destruirá esta imagen idílica.

Luego, se empieza a tejer una atmósfera inquietante y misteriosa en torno a la niña y a su reciente «amigo imaginario» que es aparentemente un conejo. Sus padres, en especial la madre, no le prestan atención a la extraña amistad y comportamiento de su hija hasta cuando ella dibuja a su amigo, que no parece ser un conejo, sino una criatura siniestra. Este dibujo se lo muestra a su padre, quien se queda muy preocupado.

Más adelante, se incluye la historia de Juan Ortiz, un empleador de Gonzalo, quien le expresa su angustia debido a que su pequeño hijo está a punto de morir. Por razones inexplicables, María Fe se entera de esta noticia y le entrega a su padre una moneda antigua. Le indica que lo coloque debajo de la almohada del pequeño porque su «amigo imaginario» le ha mencionado que, de esta manera, el niño se salvará. Y así sucede. Lo que parece ser un «milagro» en un principio, en realidad, termina por ser otra cosa. Cabe indicar, por cierto, que «los objetos mágicos» no son ajenos a la tradición fantástica. Un ejemplo cercano en la literatura peruana es el cuento «La insignia» de Julio Ramón Ribeyro. Desde otra

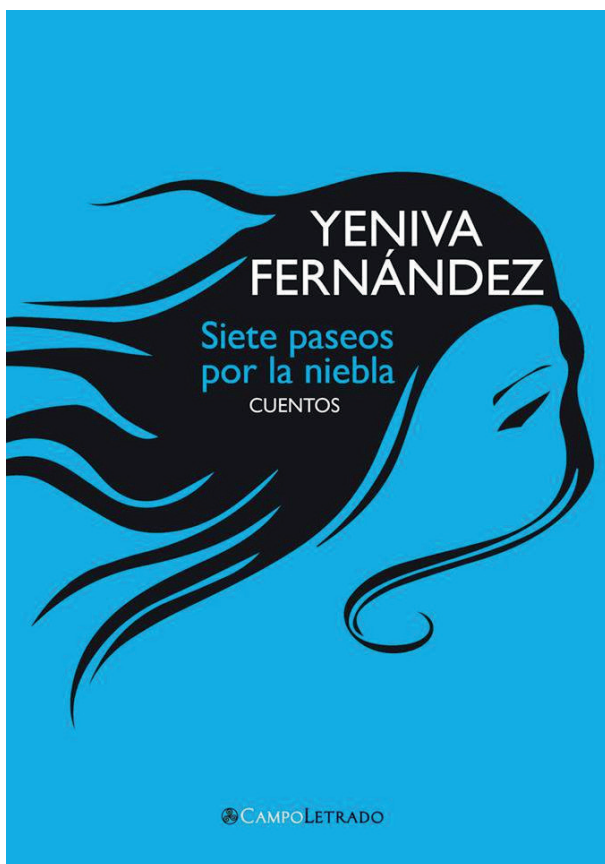
perspectiva, la moneda es un objeto de transacción. No es casualidad que, más adelante, en una fotografía familiar aparezca el abuelo con monedas de oro en sus manos junto a una niña india como señal de la explotación a los que fueron sometidos los campesinos a cargo de sus patrones.

En la penúltima escena, se muestra el repentino cambio del comportamiento de la niña. Ella señala que ha peleado con su «amigo» y alude a que este quiere hacerle daño. Ante esta situación, los padres deciden llevarla al psicólogo y al cura. Es decir, deciden resolver el problema entre la ciencia y la religión. Lo primero no funciona, pero lo segundo sí. Gracias a la bendición del cura, la niña vuelve a ser la misma que antes, aunque por poco tiempo.

Por último, se produce la desaparición repentina de la pequeña. Ninguno de los padres ni los empleados saben dónde está. Incluso la policía interviene, pero no logra hallar más pistas para resolver el caso. Por un momento, el relato adquiere un tono policial o de lo insólito, pero no hay respuesta lógica. Casi al final del relato, Antuca revela un secreto que perturba al personaje y al lector. Resulta que los bisabuelos de María Fe secuestraban niñas para realizar pactos con el diablo. Esta revelación ayuda a construir una posible hipótesis sobre la desaparición de la pequeña. En pocas palabras, fue secuestrada por la supuesta «pequeña compañía» o el «amigo imaginario» que, al final, resultó ser la misma entidad maligna con la que pactaron sus ancestros.

De esta manera, el punto más importante del relato es la convergencia entre lo fantástico y lo social. El secreto familiar

que ocultaban los abuelos de Gonzalo es revelado por la fotografía, la moneda antigua, el grillete y la hacienda. No obstante, no solo los objetos materiales conservan la memoria colectiva e histórica, sino también la memoria oral. Esta memoria la guarda Antuca, quien es un personaje clave y simbólico para entender el cuento. Ella conoce el secreto, ya que su tía, quien trabajaba con los primeros hacendados, se lo había contado. Esta memoria, entonces, guarda las injusticias que padecieron las generaciones pasadas: el abuso de indios y niñas en manos de sus patrones. Lo irónico es que los despiadados actos que cometieron estos, repercuten en el presente y en su propio linaje. María Fe es víctima de esta memoria que emerge violentamente y, por eso, tiene un poco más de sentido su desaparición. Por tal motivo, considero que «La pequeña compañía» comprende una interpretación reflexiva sobre la historia, lo social y la memoria no oficial que exige ser visibilizada, y no reprimida.



Portada de Fernández, Yeniva (2015). *Siete paseos por la niebla*. Lima: Campo Letrado. En este libro se publicó la primera versión de «La pequeña compañía».

Este Material de lectura fue culminado
en mayo de 2021 por la Comisión de
Edición de la Red Literaria Peruana.